

Comentarios del Maestro

Parte I: Resumen

Texto clave: Jeremías 17:10

Enfoque del estudio: 1 Pedro 1:4, Josué 7, Salmos 139:1–16, Esdras 10:11, Lucas 12:15, Josué 8:1–29.

Después de una victoria decisiva sobre Jericó, Israel sufrió una humillante derrota ante el ejército aparentemente débil de Hai. Mientras Josué busca una explicación de parte de Dios, se da cuenta de que la debacle es el resultado de algo más que su fracaso en consultar a Dios antes de marchar contra Hai. Tampoco se puede culpar el fracaso únicamente a la falta de una preparación o estrategia militar adecuada. Más bien, hay un **enemigo interno**.

No, el enemigo no es un espía que está proporcionando inteligencia crucial al adversario. El malhechor es uno de los propios israelitas. Al tomar botín de Jericó, Acán había roto las reglas de la **guerra divina**. La derrota subsiguiente de Israel sirvió como un recordatorio vital para Israel, especialmente para Josué, del **aspecto espiritual** de estas batallas. Además, advirtió a Israel que Dios no toleraría los pecados de su pueblo, así como no toleró los pecados de los cananeos, especialmente considerando la cantidad de luz que Israel había recibido.

En sí misma, la transgresión de Acán es bastante insensata, pero lo que es más sorprendente es la **naturaleza impenitente y persistente de su pecado**. La obstinación frívola de Acán impulsa a Dios a tratar su desobediencia de manera expeditiva y drástica. Este triste episodio, justo al comienzo de la conquista, ejemplifica la **naturaleza insensata del pecado**. Esta semana, la historia de Acán nos invita a revisar la terrible naturaleza del pecado.

Parte II: Comentario

La Biblia contiene varias palabras e imágenes del pecado. Las palabras más comunes para pecado en el Antiguo Testamento son *hattaah*, generalmente traducida como "pecado"; *ʾawon* (tradicionalmente traducida como "iniquidad"); y *peshah* (generalmente traducida como "transgresión"). El uso de estos términos a lo largo del Antiguo Testamento muestra que el significado del pecado abarca desde una desviación intencional o no intencional de una norma, como en el caso de la violación de la ley de Dios, quedarse corto o no alcanzar un objetivo, y una rebelión consciente y abierta contra Dios. En esta última categoría, los pecados no son expiables. En Números 15:30, estos pecados se describen en los siguientes términos: *"Pero la persona que haga algo con mano altiva, sea nativa o extranjera, injuria al Señor, y esa persona será cortada de entre su pueblo"* (ESV). La imagen de una persona

haciendo algo “*con mano altiva*” (traducción literal del hebreo “*beyad ramah*”) retrata el acto voluntario y consciente de desobedecer al Señor.

No hay **remedio sacrificial** para este pecado porque no hay arrepentimiento involucrado. No hay sustitución para el pecador que no reconoce ninguna necesidad de ella. En Josué 7, Acán actúa con **mano altiva**, y debido a que se niega a sentir remordimiento alguno por su pecado, nada más se puede hacer por él. Cada oportunidad de gracia durante todo el proceso endurece su corazón.

La absurdidad de la **actitud** obstinada de Acán, a pesar de la manifestación visible de Dios partiendo el río Jordán en dos y el derribo milagroso de las murallas impenetrables de Jericó, invita al lector a reflexionar sobre la naturaleza del pecado. De manera perspicaz, George Knight señala la diferencia entre “**PECADO**” en mayúsculas y “pecado” en minúsculas. Mientras que el primero es la fuente, el segundo es el flujo; el primero es la enfermedad, el segundo es el síntoma. Muy a menudo la gente solo se ocupa de lo segundo, que se manifiesta en su comportamiento, sin darse cuenta de que la conducta es un mero reflejo de lo que sucede en el corazón. (Véase George Knight, *Sin and Salvation: God’s Work for and in Us* [Hagerstown, MD: Review and Herald, 2009], pp. 28–51). Esta noción del pecado como una enfermedad explica el énfasis de Jesús en el “corazón”, a diferencia de los actos externos de devoción y obediencia en sus diálogos con los líderes religiosos de Judá. Sin duda, al tratar cualquier enfermedad, uno necesita abordar los síntomas, pero el tratamiento no puede detenerse ahí si la curación es el objetivo real.

En este contexto, “**PECADO**”, en mayúsculas, es la condición subyacente de los pecadores y, en consecuencia, es la **actitud que los define como tales**. Tal mentalidad es evidente en el intento de Lucifer de **ocupar el lugar de Dios**, y también se ve en el esfuerzo humano por ser como Dios en el Jardín del Edén. La **actitud raíz de los pecadores** es el vano intento de **ocupar el lugar del Creador**. Como bien lo expresó Herbert Douglass: “El pecado es el puño apretado de un ser creado en el rostro de su Creador; el pecado es la criatura que desconfía de Dios, lo depone como el Señor de su vida”.—Herbert Douglass, *Why Jesus Waits* (Nampa, ID: Pacific Press, 2002), p. 18.

Curiosamente, la palabra “pecado” no aparece en Génesis 2 y 3, pero la narrativa indica el intento de Eva de **ocupar el lugar de Dios**. En Génesis 1, cada día de la Creación suele terminar con la evaluación de Dios de lo que acababa de crear. La secuencia “Dios vio” (*r’h*) que lo que había hecho era “bueno” (*towv*) ocurre seis veces. La secuencia exacta aparece cuando Eva ve (*r’h*) el fruto del árbol y lo declara bueno (*towv*). Este cuidadoso uso de las palabras indica que el **pecado original es el intento humano de ocupar el lugar de Dios** al decir y evaluar lo que es bueno. La misma secuencia reaparecerá en Génesis 6 cuando los hijos de Dios vean (*r’h*) a las hijas de los hombres y las consideren “hermosas”, que es la misma palabra hebrea para “bueno” (*towv*), en Génesis 1 y 3 (compare con Génesis 6:1, 2). Una vez más, la humanidad está tratando de ser Dios, con consecuencias desastrosas.

La rebelión abierta de Acán contra un mandamiento explícito de Dios recuerda el intento original de Lucifer de **ocupar el lugar de Dios**. En su ceguera, no pudieron darse cuenta de

la insensatez de tal empresa. Al final, fueron condenados, no por la incapacidad o falta de voluntad de Dios para perdonarlos, sino por su insensata persistencia en pensar que podían ser Dios o ser los dueños de su destino, independientes de la Fuente de vida.

Aunque algunos podrían señalar la severidad del castigo de Acán como evidencia del contraste entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios, como lo reveló Jesús, en el Nuevo Testamento, la historia de Acán encuentra un paralelo en Hechos 5, en el que Lucas relata cómo Dios visitó el pecado de Ananías y Safira de inmediato.

Existen varias similitudes entre estos dos incidentes. Primero, ambas acciones son descritas por la misma raíz verbal. En la Septuaginta, la traducción griega más antigua del Antiguo Testamento, se describe a Acán como apropiándose (*nosphizomai*) para sí mismo de cosas dedicadas al Señor. El mismo verbo describe cómo Ananías y Safira retienen (*nosphizo*) para sí mismos lo que habían dedicado públicamente al Señor. Segundo, en ambos casos, toman de cosas dedicadas a Dios. Una vez que Ananías y Safira dedicaron a Dios todas las ganancias de la venta de la tierra, todas las ganancias le pertenecían a Dios. Por esta razón, sus pecados, como los de Acán, implicaron mentira y robo. Tercero, ambos incidentes ocurrieron en un momento crucial para el pueblo de Dios: el comienzo de la conquista y el comienzo de la iglesia.

Quizás, por esta razón, su ofensa se encontró con una **rápida retribución**. Comentando sobre el juicio contra Ananías y Safira, Elena G. de White dice: *“La Sabiduría infinita vio que esta señalada manifestación de la ira de Dios era necesaria para proteger a la joven iglesia de caer en la desmoralización. Sus miembros aumentaban rápidamente. La iglesia se habría puesto en peligro si, con el rápido aumento de conversos, se hubieran añadido hombres y mujeres que, aunque profesaban servir a Dios, adoraban a Mammón”*.—*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 73. Lo mismo podría decirse del castigo de Acán.

La idea de que existe un **estándar diferente en el trato de Dios con el pecado** en el Antiguo y el Nuevo Testamento es simplemente errónea. De hecho, *“Satanás engaña a muchos con la plausible teoría de que el amor de Dios por su pueblo es tan grande que los excusará del pecado; él representa que, si bien las amenazas de la Palabra de Dios han de servir a cierto propósito en su gobierno moral, nunca se cumplirán literalmente. Pero en todos sus tratos con sus criaturas, Dios ha mantenido los principios de justicia al revelar el pecado en su verdadero carácter, demostrando que su resultado seguro es la miseria y la muerte”*.—Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, p. 522.

La historia de Acán sirve como una advertencia sobre la **naturaleza sombría del pecado**, pero también demuestra la gracia de Dios. Siglos después, Dios promete a través del profeta Oseas transformar el valle de Acor (problemas), el lugar donde Acán y su familia fueron apedreados y enterrados, en una puerta de esperanza (Oseas 2:15). De hecho, Él es el **Dios de las reversiones**.

Parte III: Aplicación para la Vida

El Pecado y la Salvación

En el mismo libro mencionado anteriormente en esta lección, George Knight sostiene que el pecado y la salvación se definen por la misma palabra: **amor**. En su opinión, el pecado es dirigir el amor hacia el objeto equivocado, específicamente, el yo. Por el contrario, la salvación también es amor, pero es amor dirigido al objeto adecuado, a saber, Dios.

¿Estás de acuerdo con esta evaluación? Explica.

En caso afirmativo, proporciona un ejemplo práctico de cómo se aplica este concepto en la vida real.

La Gravedad del Pecado

*“Un joven frívolo le preguntó a un predicador: ‘Usted dice que las personas no salvas cargan con un peso de pecado. Yo no siento nada. ¿Qué tan pesado es el pecado? ¿Son diez libras? ¿Ochenta libras?’ El predicador respondió preguntándole al joven: ‘Si pusieras un peso de 400 libras sobre un cadáver, ¿sentiría la carga?’ El joven respondió: ‘No sentiría nada, porque está muerto’. El predicador concluyó: ‘Ese espíritu, también, está realmente muerto si no siente ninguna carga de pecado o es indiferente a su peso y frívolo ante su presencia’. El joven se quedó en silencio”.—Michael P. Green, *1500 Illustrations for Biblical Preaching* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2000), pp. 334, 335.*

¿Cómo nos ayuda el hábito de pasar “una hora reflexiva cada día en la contemplación de la vida de Cristo... especialmente las [escenas] finales”, como propone Elena G. de White, a comprender la verdadera naturaleza del pecado? (Véase *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 83).

¿Cómo se dedica Satanás hoy a hacer que la gente tenga en poca estima el pecado? ¿Cómo podemos evitar esta trampa?